

Alan W. Watts

Cosmología gozosa

*aventuras en la
química de la conciencia*



Médicos, juristas y filósofos se han encontrado con el llamado problema de las «drogas místicas» que parece producir, sin ningún daño físico aparente, cambios en la conciencia comparables a los más elevados niveles de experiencias estéticas y religiosas. Este libro de A. Watts, uno de los mejores investigadores en psicología de la religión, supone una objetiva evaluación sobre estas sustancias y sus acciones, con la ventaja de las propias experiencias personales del autor.

El reportaje de sus propios experimentos es un intenso recuento lírico de las valiosas transformaciones que pueden ocurrir en la mente humana. La elevación de la conciencia recorre el camino, desde la naturaleza y sus estéticas e intuitivas sugerencias, hasta una visión filosófica de la existencia, como una comedia a la vez diabólica y divina, que tiene como desenlace personal una verdadera revolución «cosmológica, unitariamente individual, en todo caso gozosa».

T. Leary y R. Alpert, los legendarios ex-profesores de psicología de Harvard escribieron la introducción. El libro se completa con unas muy interesantes fotografías de formas naturales, como expresión gráfica del texto, ciertamente «inquietante...»

A la gente de Druid Heights.

Prólogo

La *Cosmología gozosa* me sume inevitablemente en un estado de euforia poética y deleite anarquista. Alan Watts escribió este maravilloso librito a principios de la década de 1960: ese añorado momento de inocencia en el que sustancias psicodélicas como el LSD y la psilocibina empezaban a impregnar la cultura del Occidente moderno, pero aún no se había tomado una decisión definitiva sobre su utilidad o su destino, o su legalidad. Fue una época en la que un puñado de filósofos-poetas tuvieron la oportunidad de reflexionar sobre el poder de estos compuestos, «para dar alguna impresión del nuevo mundo de la conciencia que estas sustancias revelan», escribió Watts.

Al leerlo de nuevo, no puedo dejar de recordar mis primeras incursiones en las cualidades de las plantas visionarias y los catalizadores químicos, que despiertan el alma y abren la mente. Aquellos primeros viajes desenmascararon los frágiles engaños de nuestra cultura actual y revelaron que existían dimensiones más profundas de la realidad psíquica que podíamos explorar. Watts es un estilista tan fluido —un maestro de la prosa evanescente, evocadora y perfecta— que es fácil pasar por alto o pasar por alto por completo el núcleo explosivo, radical e incluso revolucionario de su mensaje y significado: el ego occidental, la primacía del yo que toda nuestra civilización está intrincadamente diseñada para apuntalar y proteger, simplemente no existe.

Cuando uno utiliza la lupa o el microscopio que proporciona uno de los numerosos compuestos químicos que, se-

gún señaló Watts con astucia, no imparten sabiduría en sí mismos, sino que proporcionan «la materia prima de la sabiduría», no encuentra nada fijo, estable, permanente, ninguna esencia. Solo relación, patrón, flujo. Los viajes psicodélicos de Watts proporcionaron la confirmación experimental de las enseñanzas centrales de la metafísica oriental: que el Tao lo es todo, que la conciencia es «una sin un dos», que no existe el hacer, solo la reciprocidad infinita y el juego divino.

Este libro conserva la frescura de los apuntes de un cuaderno precoz. También, casi accidentalmente, da una hermosa sensación de la vida en los albores de la era psicodélica en la Costa Oeste de los Estados Unidos, cuando los grupos de amigos se reunían en los patios traseros junto a las arboledas de eucaliptos para explorar juntos, con el suave humor de los niños sabios, el infinito interior. «Todos nos miramos con conocimiento de causa, porque la sensación de que nos conocimos en ese pasado tan lejano oculta algo más —tácito, asombroso, casi innombrable—: la comprensión de que en el centro profundo de un tiempo perpendicular al tiempo ordinario somos, y siempre hemos sido, uno», escribió Watts. «Reconocemos la trama maravillosamente oculta, la ilusión maestra, por la que parecemos ser diferentes».

Durante los últimos cuarenta años, hemos sufrido la ilusión cultural —producida por unos medios de comunicación corporativos y un gobierno que trabajan horas extras para mantener la conciencia bloqueada, mientras nuestras industrias chupan la sangre vital de nuestro planeta— de que la revolución psicodélica de los años 60 fue un fracaso. Revisar la *Cosmología gozosa* de Watts me recuerda que la revolución psicodélica apenas ha comenzado. El viaje hacia el interior es la gran aventura que le queda a la humanidad por hacer juntos. Mientras nos neguemos a dirigir nuestra atención a las vastas dimensiones interiores de la Psique - «El Reino de Dios está dentro»— seguiremos agotando los

recursos físicos del planeta, cocinando la atmósfera y exterminando sin sentido la miríada de especies de plantas, animales e insectos que tejen la red de la vida con nosotros.

Cuando se está bajo los efectos de la psicodelia, se tiende a descubrir que cada momento adquiere un significado arquetípico, intemporal y mitológico. En un momento dado, Watts y sus amigos entran en un garaje lleno de basura, donde se desploman con una risa incontrolable. «La culminación de la civilización en montones monumentales de basura se ve, no como una fealdad irreflexiva, sino como una autocaricatura: como la creación de collages fenomenalmente absurdos y esculturas abstractas en burla deliberada pero amable de nuestras propias pretensiones». Nuestra civilización refleja la «defensiva defendida» del ego individual, que se fortifica contra la revelación de la interdependencia y la interconectividad, la plenitud y el vacío del vacío.

Tenemos la suerte de contar con el testimonio de Watts sobre sus encuentros: La *Cosmología gozosa* es una ola portadora de información y perspicacia, que no ha perdido nada de su sutileza, flexibilidad o entusiasmo. También es una expresión de un proceso cultural más amplio, que se está desarrollando a lo largo de décadas, a través de una «Guerra contra las Drogas» que es secretamente una guerra contra la conciencia.

El Dr. Thomas B. Roberts, autor de *The Psychedelic Future of the Mind (El futuro psicodélico de la mente)*, entre otras obras, ha propuesto que el redescubrimiento de los enteógenos por parte del Occidente moderno a mediados del siglo XX fue el comienzo de una «segunda Reforma», destinada a tener repercusiones al menos tan profundas como las de la primera. En la primera Reforma, la Biblia se tradujo a la lengua vernácula común, se imprimió y se produjo en masa, proporcionando un acceso directo a la «palabra de Dios», que antes había sido protegida por los sacerdotes. Con los psicodélicos, mucha gente tiene ahora acceso

directo y sin intermediarios a la experiencia mística y visionaria, en lugar de leer sobre ella en viejos tomos mohosos. Como deja claro la brillante prosa de Watts —y todas las apariencias en contra— el futuro será psicodélico, o no lo será.

DANIEL PINCHBECK, autor de
*Breaking Open the Head: A Psychedelic Journey into the
Heart of Contemporary Shamanism*
Nueva York, 2013

Introducción

Cosmología gozosa es una brillante combinación de palabras que describen experiencias para las cuales nuestra lengua carece de vocabulario. Para entender este maravilloso aunque difícil libro es conveniente poner de manifiesto la distinción artificial entre lo externo y lo interno. Es exactamente esta distinción la que Alan Watts quiere que superemos. Pero Watts hace un juego verbal en una lengua occidental, debido a lo cual se puede disculpar al lector que continúe usando modelos convencionales y dicotómicos.

Externo e interno. Conducta y conciencia. El genio y la obsesión de nuestra civilización ha sido el cambiar el mundo exterior. En los últimos dos siglos las culturas occidentales y monoteístas se han encarado al espacio exterior haciendo mover objetos con increíble eficiencia. Sin embargo, en los últimos años nuestra cultura se ha hecho eco de un desequilibrio perturbador. Nos hemos percatado del universo interior y no descubierto, de las regiones desconocidas de la conciencia.

Esta dialéctica no es nueva. El ciclo ha tenido lugar en muchas culturas e individuos. Al éxito material le sigue la desilusión y los típicos «porqués» y luego, el descubrimiento del mundo interior: un mundo infinitamente más complejo y rico que las estructuras artificiales del mundo externo, que en definitiva no son más que proyecciones de la imaginación humana. A la larga, la mente lógica y conceptual se abre hacia sí misma, reconoce la ridícula insuficiencia de los débiles sistemas que impone en el mundo, des-

aparece este rígido control sobre sí misma y derroca el dominio de la experiencia cognoscitiva.

Hablamos aquí (y Alan Watts habla en este libro) de la política del sistema nervioso, la cual es igual de complicada e igual de importante que la política externa. La política del sistema nervioso enfrenta a la mente con el cerebro, este cerebro tiránico y verbal que se disocia del mundo y del organismo del que forma parte, censurando, alertando e interpretando.

De esta manera se presenta la quinta libertad, la libertad de la mente cultural y educada. La libertad de llevar la conciencia más allá del conocimiento cultural y artificial. La libertad de trasladarse desde la constante preocupación de los juegos verbales —los juegos sociales, el juego del ego— a la gozosa unidad que existe más allá.

Aquí estamos considerando un tema que no es nuevo, un tema que durante siglos ha sido tratado por místicos, filósofos de experiencias religiosas, por aquellos extraños a la vez verdaderos científicos que han sido capaces de entrar y luego salir de los límites del juego de la ciencia. También fue captado y claramente descrito por el gran psicólogo americano William James:

... Nuestra normal conciencia despierta, como llamamos a la conciencia racional es solo un tipo especial de conciencia, mientras que en realidad, dividida por minúsculas pantallas, se encuentran formas potenciales de conciencia totalmente diferentes. Podemos pasar por la vida intuyendo su existencia, pero se requiere un estímulo que al ser obtenido, aquellas formas se encuentran allí en toda su totalidad; son tipos concretos de mentalidad que tienen probablemente su campo de aplicación y adaptación en alguna parte. Ninguna descripción de conocimiento del universo en su totalidad puede ser definitiva si

omite estas otras formas de conciencia. Se trata de saber cómo apreciarlas ya que son muy diferentes de la conciencia ordinaria. No obstante pueden determinar actitudes aunque no pueden establecer fórmulas, pueden abrir un espacio aunque no puede enmarcarse en un mapa. En cualquier caso no permiten que nuestras descripciones de la realidad se cierren prematuramente. Analizando mis anteriores experiencias veo que convergen en un tipo de intuición a la cual no puedo dar ningún significado metafísico.

Pero ¿cuáles son los estímulos necesarios y suficientes para acabar con el dominio conceptual de la conciencia y abrirse definitivamente a sus formas potenciales? Hay muchos. Los filósofos hindúes, los budistas japoneses, han descrito cientos de métodos. Durante siglos, brujos mejicanos y jefes religiosos del norte y sur de América han utilizado plantas sagradas con el objetivo de la expansión de la conciencia. Recientemente la ciencia occidental nos ha proporcionado, en forma de productos químicos, las técnicas más directas para abrirnos hacia nuevos reinos de conocimiento.

William James utilizó óxido nitroso y éter para «estimular la conciencia mística de forma extraordinaria». Hoy la atención de los psicólogos, filósofos y teólogos se centra en los efectos de tres sustancias sintéticas —mescalina, ácido lisérgico y psilocibina.

¿Qué son estas sustancias? ¿Medicinas, drogas o alimentos sacramentales? Es más fácil decir lo que no son. No son narcóticos, ni intoxicantes, ni sustancias energéticas, ni anestésicos, ni tranquilizantes. Más bien son llaves bioquímicas que nos abren a experiencias profundamente nuevas para la mayoría de los occidentales.

Durante los últimos dos años miembros de Center for Research in Personality de la Universidad de Harvard han

efectuado de manera sistemática experimentos con estas sustancias. Nuestra primera investigación en la expansión bioquímica de la conciencia ha sido un estudio de las reacciones de los americanos en un ambiente positivo, confortable y natural. Hemos tenido la oportunidad de experimentar con más de mil dosis individuales. A partir de nuestras observaciones, entrevistas y reportajes, a partir de análisis de datos y de los cambios en los tests de personalidad antes y después de la experiencia han aparecido varias conclusiones: 1) Estas sustancias alteran la conciencia. No hay duda alguna sobre esta afirmación. 2) Carece de sentido hablar específicamente sobre «el efecto de la droga». El ambiente y la situación, las expectativas y la atmósfera reinante explican toda la complejidad de la reacción. No existe una «reacción de la droga» sino que siempre tendremos la droga-y-el-ambiente. 3) Al hablar de potencialidades es útil considerar no solamente la droga-y-el-ambiente sino las potencialidades del córtex humano para crear imágenes y experiencias que van mucho más lejos que las estrechas limitaciones de las palabras y los conceptos. Quienes nos dedicamos a esta investigación hemos empleado gran parte del tiempo escuchando opiniones sobre el efecto y el uso de las drogas que alteran la conciencia. Si sustituimos las palabras *córtex humano* por *droga* estaremos de acuerdo con cualquier afirmación que se haga sobre las potencialidades —para bien o para mal, para ayudar o juzgar, para amar o para temer. Las potencialidades son del córtex, no de la droga. La droga es simplemente un instrumento.

Al analizar e interpretar los resultados de nuestros estudios, consideramos primeramente los modelos convencionales de la psicología moderna —psicoanalítica, conductista— y encontramos que estos conceptos son totalmente inadecuados para comprender la riqueza y amplitud de la conciencia expandida. Para entender nuestros descubrimientos nos hemos visto obligados a utilizar un lenguaje y unos puntos de vista bastante ajenos a nosotros debido al

hecho de que hemos sido educados en las tradiciones de la psicología objetiva y mecanicista. Hemos tenido que volver una y otra vez a las concepciones no dualistas de la filosofía oriental, una teoría del conocimiento que Bergson, Aldous Huxley y Alan Watts han explicitado y familiarizado al mundo occidental. En la primera parte del libro el Sr. Watts presenta con una claridad espléndida la teoría de la conciencia que hemos visto confirmada por los relatos de los sujetos investigados —filósofos, convictos, amas de casa, intelectuales, alcohólicos. Estas personas han relatado una y otra vez el salto por encima de la enredada espesura de lo verbal para identificarse con la totalidad de lo experimentado. Alan Watts explica elocuentemente los momentos visionarios bajo la droga. Evidentemente está intentando lo imposible: describir en palabras (que siempre mienten) lo que está más allá de las palabras. Pero ¡qué magistralmente es capaz de hacerlo!

Alan Watts es uno de los grandes reporteros de nuestros tiempos. Tiene una sensibilidad intuitiva para los asuntos y acontecimientos cruciales de este siglo. Además posee el equipo verbal de un filósofo poético para enseñar y educar. Esta podría ser la mejor exposición sobre el tema del misticismo en la era espacial, más osada que las dos obras clásicas de Aldous Huxley, ya que Watts, siguiendo la dirección del Sr. Huxley, va más allá. Son especialmente importantes el reconocimiento de los aspectos amorosos de la experiencia mística y las nuevas formas de comunicación que esta trae consigo.

Tienes en tus manos un gran documento humano. Pero no vas a entender lo que el autor está diciendo a menos que seas uno de estos occidentales que haya experimentado (por casualidad o por buena suerte química) un minuto místico de conciencia expandida. Ello es una lástima aunque no tiene por qué sorprendernos demasiado. La historia de las ideas nos recuerda que los nuevos conceptos y visiones nunca han sido comprendidos. No podemos entender

algo para lo cual no tenemos palabras. Para Alan Watts está jugando el juego del libro, el juego de la palabra y el lector ha sido contratado para leerlo.

Pero escucha. Estate preparado. Hay muchas y grandes líneas en este libro. Docenas de grandes ideas. Demasiado comprimidas. Planean demasiado rápido. Presta atención.

Aunque solo captés algunas de estas ideas, te vas a encontrar haciéndote unas preguntas que nosotros ya nos hemos preguntado al analizar nuestros datos. ¿Adónde vamos desde aquí? ¿Cuál es la aplicación de estas nuevas y mágicas medicinas? ¿Pueden hacer algo más que ofrecernos momentos y libros memorables?

La respuesta vendrá desde dos direcciones. Debemos facilitar a cada vez más gente este tipo de experiencias y, como hace Alan Watts, hacer que nos digan lo que han experimentado. (Difícilmente tendremos dificultades a la hora de encontrar voluntarios para este viaje extático. El noventa y nueve por ciento de ellos están deseosos de repetir y compartir la experiencia con su familia y amigos).

Igualmente debemos estimular a los científicos que han tomado la droga y que se han percatado de la diferencia entre interno y externo, entre conciencia y conducta, para que avancen en su investigación objetiva y sistemática. Esta investigación debería explorar la aplicación de estas experiencias a los problemas de la vida actual: educación, religión, industria y arte creativos.

Hay muchos que creen que el poder del hombre para controlar y expandir su conciencia está en un momento decisivo. Nuestra investigación suministra una base experimental para tal optimismo.

TIMOTHY LEARY, PhD. - RICHARD ALBERT, PhD.
Harvard University, Enero, 1962

Prefacio

En *Las Puertas de la Percepción* Aldous Huxley nos ofrece un soberbio relato sobre los efectos de la mescalina en una persona altamente sensible. Fue un registro de su primera experiencia de esta notable transformación de la conciencia, y ahora, a través de experimentos posteriores, sabe que puede conducir a percepciones mucho más profundas que las descritas en su libro. Como no puedo pretender superar la magistral prosa inglesa de Aldous Huxley, creo que ha llegado la hora de hacer un relato sobre algunos de los niveles de intuición, más profundos o más elevados, que se pueden alcanzar a partir de estas «drogas» que alteran la conciencia, cuando van acompañadas de una continua reflexión filosófica, y cuando la persona que las experimenta no va en busca de reacciones pasajeras, sino de comprensión. Quizás debería añadir que, para mí, la reflexión filosófica es estéril cuando se separa de la imaginación poética, ya que la comprensión del mundo la llevamos a cabo no sobre una pierna, sino sobre ambas.

Hoy en día es bien sabido que existe una seria falta de comunicación a nivel teórico entre el hombre de ciencia y el lego puesto que este último no entiende el lenguaje matemático que el primero utiliza. Por ejemplo el espacio curvo no es representable por ninguna imagen que sea inteligible a los sentidos. Pero aún soy más consciente de la brecha entre descripción teórica y experiencia directa que existe en los medios científicos. La ciencia occidental está delineando ahora un nuevo concepto de hombre, no como un

ego solitario dentro de una pared carnosa sino como un organismo que es lo que es en virtud de su inseparabilidad con el resto del mundo. Pero, aparte de rarísimas excepciones, ni incluso los científicos *sienten* que existen de esta manera. Ellos, y casi todos nosotros, conservamos un sentido de personalidad independiente, aislado, insular y apartado de las cosas que nos rodean. De alguna manera esta brecha ha de cerrarse y, entre los varios medios por donde se puede iniciar el cierre existen medicinas que la misma ciencia ha descubierto y que se puede demostrar que son los sacramentos de su religión.

Durante largo tiempo nos hemos acostumbrado a la compartimentación de la religión y la ciencia, como si fueran dos formas de ver el mundo totalmente diferentes y básicamente no relacionadas. No creo que este estado de doble discurso pueda durar. Debe ser sustituido por una visión del mundo que no sea ni religiosa ni científica, sino simplemente nuestra visión del mundo. Más exactamente, debe convertirse en una visión del mundo en la que los informes de la ciencia y la religión sean tan concordantes como los de los ojos y los oídos.

Pero las vías tradicionales a las experiencias espirituales raramente atraen a las personas de temperamento científico o escéptico puesto que los vehículos que las manejan son inseguros y cargan un equipaje excesivo. Precisamente por eso el pensador crítico y alerta tiene pocas oportunidades de compartir directamente las formas de conciencia que profetas y místicos intentan expresar mediante un simbolismo que, muchas veces, resulta arcaico y complicado. Si el farmacólogo nos puede ayudar a explorar este mundo desconocido, nos hará el extraordinario favor de liberar la experiencia religiosa de los oscurantistas.

Para que este libro sea una expresión lo más completa posible de la naturaleza de la conciencia que inducen estas drogas, he incluido una serie de fotografías que, en su vívido reflejo de los patrones naturales, aportan alguna suge-